

Maranatha

H
370.5
M311m
C.R.

Tomo II ☒ Revista Educacional ☒ Número 2



Los Querubines de Raphael de Sanzio

San José : América Central : Costa Rica

Noviembre de 1920

Precio: Veinticinco céntimos - Suscripción anual: Dos colones



REDACTORES Y DIRECTORES:

SIDNEY W. EDWARDS ♦ JAIME BRENES C.

PRECIOS

Número suelto. ₡ 0-25
Suscripción anual en Costa Rica 2.00
Suscripción anual en el extranjero \$ 1.00

La correspondencia habrá de dirigirse a
"MARANATHA"

APARTADO No. 858 ☉ TELÉFONO No. 505

Diríjase los cablegramas a "METODISTA"

SAN JOSE DE COSTA RICA

SUMARIO

Por el Bello Sexo	23
Moraleja	24
La Moda	25
Sueño	26
Atrás	27
La Gloria del Templo de Salomón	28
El Tiempo y la Muerte	29
Ante los Querubines de Raphael	30
Universalidades	31
Los Jardines	32
La Psicología Superior y la Sub-Conciencia	33
¡Consumado es!	34
El mundo de las imágenes	35
El Burro y los Sabios	36
La Mar	37
Pensamientos	38
Crónica e Impresiones	39

Maranatha

Esta Revista se publicará mensualmente en San José de Costa Rica
por la Iglesia Metodista Episcopal

Por el Bello Sexo

Si Dios hubiera querido dar el hombre a la mujer por amo, la hubiera sacado de su cabeza; si la hubiera querido hacer su esclava, la hubiera sacado de sus pies, pero queriendo hacer de ella su compañera y su igual, la formó de sus costillas.—San AGUSTIN.

Cual la palmera en el desierto, alivia las fatigas del caminante que acogiéndose a la sombra, recoge un dátil del suelo y modera con él su sed; así la mujer es un alivio y una sombra para el hombre en el desierto de la vida.—Salas QUIROGA.

ENTRE los seres de la naturaleza la mujer es el más respetable, porque es fuente de vida, de amor y de misericordia. Cría en su seno a sus hijos, les recibe entrañablemente en sus brazos desde que nacen, les alimenta con sus pechos y les cuida con indecible ternura en todas las fases de su desarrollo.

La mujer es fuente de vida, pero el hombre con sus extravíos la convierte en madre de seres desgraciados y la contamina las enfermedades de la lujuria.

La mujer es fuente de amor, pero el hombre págale este sentimiento y su benevolencia, su dulzura y solicitud, lanzándola a las orgías de la corrupción.

La mujer es fuente de misericordia, es el ángel de los que sufren: su magnanimidad escucha los ayes del dolor, y los consuela; su corazón descubre a los que padecen hambre, y los socorre; sus manos están prontas a levantar al caído; pero el hombre no contempla la nobleza de estas acciones, porque se ha empinado sobre los humos de su vanidad y egoísmo.

¿Quiénes son las madres de esos pilluelos, autores de disturbios y atrevidas raterías? Fueron doncellas engañadas miserablemente en su amor por el padre de sus hijos, a quien deben hoy su deshonor y miserable

situación. Estos padres desnaturalizados abandonan a sus hijos y a las mujeres que prostituyeron, sin tener para éstas una mirada, ni para aquéllos un recuerdo!

¿Quiénes son las que escandalizan la sociedad con las bacanales de la lascivia y de la maledicencia? Jóvenes, que en otro tiempo fueron sencillas y buenas; que vinieron del honrado solar de sus padres a servir en esta ciudad, y luego fascinadas por las falsas promesas de los libertinos, hubieron de firmar para siempre su deshonor. La sociedad las corrompió, y ahora quiere desalojarlas de su seno; sin intentar siquiera su regeneración!

¿Quiénes son las que concurren sigilosamente a las "casas misteriosas", que ya el público califica de abyectos lupanares? Son damas "de buen tono", que para sostener la magnificencia de sus trajes y los valiosos quilates de sus joyas, se entregan en brazos de la concupiscencia. Los padres o esposos de estas pecadoras ¿en qué están ocupados? Su indiferencia ¿no será motivo suficiente para considerarlos consentidores de la infamia de tal degradación? ¿O será que están envileciéndose con los vicios del juego y del alcoholismo?

Moraleja

Por Domingo Serrano

OH sociedad! Tú que te has constituido en juez de tu propia causa y has fallado en favor tuyo, ¿has hecho alguna vez, por las mujeres pobres lo que has hecho por los hombres? ¿Qué educación, qué instrucción, qué principios recibe la muchacha del pueblo, pobre, sin recursos y abandonada a sí misma? No basta que se le enseñe a deletrear en una escuela cualquiera, a hacer calceta o a coser un remiendo; no basta decirle "ponte a servir", porque donde quiera que vaya, llevará consigo el germen del vicio que engendra la ignorancia. Confiesa ingenuamente que no has hecho nada, o a lo menos muy poco para amparar a la mujer en su pobreza y preservarla, con la instrucción, de los riesgos que amenazan su juventud.

Cuando hayas fundado escuelas con talleres donde las niñas pobres aprendan a la vez a trabajar y a instruirse; cuando no las niegues, mientras se educan un pedazo de pan para calmar el hambre, un modesto vestido para cubrirse y un albergue para guarecerse; cuando eduques a las hijas de los ricos el amor de sus semejantes en vez de enseñarlas a despreciar y escarnecer el humilde estado de las que no deben nada a la suerte; cuando al salir del taller-escuela recibas a las muchachas pobres en el seno de las familias acomodadas, que les tiendan una mano amiga y no humillen su condición; cuando las señoras y señoritas de buen tono, no desdeñen los quehaceres domésticos y den ejemplo a sus inferiores, dejando a un lado

el orgullo y el desprecio; cuando fundes juntas de damas protectoras y sociedades filantrópicas, con el auxilio del Estado, para amparar a las huérfanas abandonadas y a las doncellas sin ocupación, proporcionándoles los medios de remediar sus necesidades y hacer algunos ahorros; cuando las defiendas contra las seducciones de un libertino que intente desviarlas de la senda del deber, y castigues severamente la maldad de un pérfido seductor; cuando acojas benignamente y auxilies a la desgraciada víctima de la concupiscencia de los hombres; cuando en vez de reducirla a la desesperación, perdones a la que es buena madre los extravíos de su amor; cuando concedas a la mujer casada, viuda o soltera, todos los derechos civiles que las leyes conceden a los hombres, considerándolas como partes integrantes de la humanidad, y facilitándoles los medios de defenderse contra la arbitrariedad de un marido, tutor o de cualquiera autoridad abusiva; cuando consideres en ella la base de la familia, el primer guía de la niñez y sea su educación la mejor garantía para el porvenir de las generaciones futuras, entonces, ¡oh sociedad! podrás tranquilizar tu conciencia y decir con razón a la moza libertina, a la mujer adúltera y la mala madre: *la culpa no es mía: los seres perversos como tú deben desecharse de mi seno.*

Hasta entonces, sociedad, no acuses más que a tí misma de las consecuencias de tu indiferencia, de tu injusticia, y en una palabra, *DE TU EGOISMO.*

La Moda

Por Enrique Jiménez Núñez

En el Album de Ana María Loíza

LA moda! Sabe Ud. señorita, cuál es el origen de las modas? Este: Hay en París y en Londres unos hombres que se llaman *modistos*. Estos tales, se pasan inventando las mayores extravagancias, imaginando las más absurdas formas en las cuales no se respeta ningún concepto de conveniencia, de decencia en el vestir, de estética, de arte; hacen dibujos, imprimen patrones y los lanzan al mundo. Esta es la moda. Las mujeres obedecen ciegamente, con *absoluta inconsciencia* a las extravagantes fantasías de estos modistos desalmados. Consideran que no hacerlo sería violar las leyes de la elegancia y el buen gusto. Ahora, por ejemplo, los modistos dispusieron que las mujeres fueran a los bailes semi-desnudas, y así van. Y los padres y los esposos; los hermanos y los novios que sienten que así se pierde y marchita ese ambiente de pureza y nobleza y respeto que debe envolver a la mujer, como una aureola espiritual, consienten en ello porque así lo dispusieron los modistos!!...

¿No le parece a Ud. que esto es una locura? Qué idea tienen, pues, las mujeres, del decoro, del carácter, de la dignidad, de la función que ellas tienen que desempeñar en la sociedad? Porque tales modas no excitan en el hombre el respeto, la estimación y la admiración, sino el sensualismo.

Hay que reaccionar poderosamente contra esta locura, contra este desenfreno. Es necesario que la mujer sea bella, fresca, fragante, elegante, distinguida. Es necesario que ella cuide la integridad y belleza de su cuerpo, pero no debe olvidar que por encima de todo está la belleza del espíritu, en vez de seguir inconscientemente los caprichos de los modistos, debe la mujer estar *sobre la moda*. Que imponga ella con firme nobleza sus ideales de elegancia, conveniencia y estética. Así ganará ella y el arte de vestir. Solamente siendo inmaculada con un lirio puede la mujer tener la influencia que ella necesita para cumplir con su función trascendental en el hogar y en la sociedad.

(De *La Tribuna*)

Sueño

Por Sebastián Gomila

CARA al mar, sentado a una mesa, aspiro la agradable brisa. El puerto parece un lago encantado donde se mecen buques y bateles de toda especie. Lucecitas insignificantes se reflejan como fuegos fatuos en la superficie de las aguas, muriendo y renaciendo continuamente. El maderamen cruje a intervalos y algo así como un coro de gruñidos forma una especie de salmodia triste, monótona. Diríase que, un gran dormitorio al aire libre con infinidad de cunas movidas de cuando en cuando...

La concurrencia es escasa.

Van a dar las doce.

En el kiosko de bebidas en el cual me siento, se preparan guisotes para el próximo amanecer.

Un carabinero, fusil a la espalda, ganso pasea atisbando la orilla.

Se acercan un hombre y dos niñas; él con una guitarra al brazo, ellas con pequeñas bandurrias.

Llevan sendas sillas de tijera, que despliegan para sentarse...

La mayor de las niñas no tendrá más de once años. La menor apenas si llega a los ocho.

Preludian una pieza, arrancan de las cuerdas de aquellos instrumentos una tonada dulce, suave, oriental.

¡Qué armonía!

La pequeña mueve los dedos con arte maravilloso. La otra asegunada la tonada con una dejadez lastimosa, un gesto indefinible, encorvado el busto, encogido el cuello, la boca contraída, como cumpliendo resignadamente un castigo...

Ambas caritas son muy monas. La de la menor sobre todo, es una preciosidad. Tocó la niña elevando la vista al cielo, la cerviz inclinada, como si la tirasen desde atrás con un cordón invisible...

A poco las notas, antes justas, límpidas, sonoras, faltan de vez en cuando; y el hombre le echa una mirada fulgurante, la criatura torna a

levantar los ojos, a mover con precisión los diminutos dedos... Y siguen sonando las notas melancólicas, dulces, adormecedoras...

Pero nueva instantánea interrupción apercibe al individuo de la guitarra, y éste da con el pie a la chiquilla.

¡La rinde el sueño!

Toda su ejecución es maquinal, forzada, inconsciente casi. La incorrección, no obstante, resulta encantadora... La cabecita, cayendo aplomada frecuentemente, parece marcar a compás la cadencia, el ritmo musical...

¡Oh! ¡cómo pensará en la camita!—si la tiene,—en la blanda almohada donde apoyarse!...

Cada compás es un esfuerzo, cada tono una fatiga, cada triunfo una pena

Entre pisotones y miradas de coraje termina la pieza.

La niña se levanta, bosteza, saca un platillo y recorre los puestos implorando una limosna.

¡Qué expresión en aquel diminuto rostro!

Cuando recibe una moneda, da las gracias con una especie de gemido.

¡Ah! qué indiferencia por la dádiva, y qué pura mecánica en la imploración...

Le quedan tal vez dos horas más de correr por las calles, de andar medio cayéndose, de producir armonías, de ahogar ayes que se escapan por las cuerdas de su cítara...

Marcháronse silenciosos, con la misma displicencia, apoyándose una a otra las dos niñas...

Los tenues crujidos de las embarcaciones, el sordo rumor de las olas, el coro vago de murmullos, la salmodia triste, parecía un canto de despedida, una marcha fúnebre, marcando el paso de una lacería.

(*La Epopeya de los Atomos*)

Atrás

Legión de vagabundos pordioseros
 que al caer la sombra, del hueco
 de los altares salís, en donde aprendiste
 a modular la súplica envilecida y gemebunda,
 para avanzar en procesión siniestra y zumbadora
 sobre nuestras calles y plazas: de por delante
 de la piedad quitaos, que
 tras de vosotros veo el grupo doliente
 y silencioso de los verdaderos necesitados.

Orlindo Olivares

La Gloria del Templo de Salomón

Por Beatriz de Sheridan

Y oyendo la reina de Sabá la fama de Salomón en el nombre de Jehová, vino a probarle con preguntas.—I^o. de los Reyes.

El reino de Salomón llegó a un punto de esplendor como ninguno. La sabiduría y perspicacia de Salomón fueron los impulsores del progreso y el templo, influjo favorable del bien del pueblo israelita.

¡Qué hermoso ejemplo de la reina Balkis de Sabá: recorrer como 300 millas, para avistarse con Salomón, a oír su sabiduría y reconocer la magnificencia del templo! ¡Cómo contrastan la fe y discreción de esta reina, con la indiferencia de la actual generación por delante de las obras del Creador!

Salomón no mantuvo las gracias de su sabiduría y humanidad: la ambición y goce de las riquezas le corrompieron; la lujuria, el lujo y la idolatría le convirtieron en un rey despreciable. El pueblo cambió su admiración hacia el rey, en odio y desprecio. Salomón, con su inteligencia y sabiduría, no pudo hacer frente a sus enemigos, los apetitos desordenados, porque hubo de apartarse de Jehová; se hundió en el mar de las pasiones como un coloso de los mares.

El que sabe elevarse a una esfera de moralidad, Dios le concede como añadidura los bienes temporales. Dios concedió a Salomón, además de sabiduría e inteligencia, abundantes riquezas, pero él se dejó deslumbrar por éstas y hubo de perder los dones espirituales.

El valer de un hombre no estriba en poseer bienes materiales, porque éstos se destruyen fácilmente, como se extinguen de igual modo, la gloria y los honores; lo que dignifica a un hombre es su carácter y su personalidad. En el reino de Salomón lo máspreciado era el mismo Salomón, mientras no le arrastraron las miserables pasiones.

La reina de Sabá se maravilló de que Salomón descifrara fácilmente los enigmas que ella le propuso y comprendió, que la suficiencia y buena preparación hacen salir victorioso al hombre en sus empresas. Sin embargo, ella y Salomón fueron arrastrados por el oleaje de las riquezas. Por esto tenemos que estar alerta, para que los vicios no extravíen nuestros corazones, ni el lujo nos halague con su vanidad, ni las riquezas y lujuria nos envuelvan en sus efímeros placeres.

Un hombre llamado para reformar una nación debe poseer la justicia que inspira la confianza, el talento que persuade, la ciencia que ilumina y una dulzura de carácter propia para conciliar los intereses y calmar las pasiones.

DE SEGUR

El Tiempo y la Muerte

Dos de Noviembre

Por Manuel Mayorga C.

ERA media noche.

Ante mí estaba un anciano de rostro venerable, porte majestuoso y mirada profunda.

Habló así:

—¿Me conoces?

—Creo adivinarlo. Tú eres el Tiempo.

—Lo has acertado.

—¿Qué me quieres?

—Mañana es el día de los difuntos. La vanidad de los vivos cubrirá de flores, coronas y adornos fúnebres muchos sepulcros. El cementerio estará de fiesta.

—Sí, dije, es una piadosa costumbre.

—No lo creas. La piedad no toma parte, casi nunca, en la fiesta de los muertos.

—Eres cruel.

—Soy justo. La justicia es severa. Vé mañana al cementerio. Voy a concederte el don de leer en las conciencias. El alma se evidenciará ante tus ojos, al través del cuerpo, como una llama al través de un fanal.

—Triste dón. No lo acepto.

—Es necesario. Dijo, y desapareció.

.

Apenas hube trasapasadado las puertas del cementerio, se obró en mí un estupendo prodigio.

El dón que me concedió el tiempo deshizo todas las mentiras y ví a la muchedumbre que llenaba la mansión de la muerte, tal como era en realidad y no como aparentaba ser.

Oh! ¡farsa inicua!

Oh! comedia, oh! extraña comedia en la que los actores tratan de engañarse los unos a los otros.

Severamente enlutada, de hinojos, al pie de una tumba, una mujer fingía sollozar, presa del más acerbo dolor.

Era una viuda. La multitud la veía con respeto.

Y el dón, el aciago dón que me concedió el Tiempo, me hizo leer en la conciencia y en el pensamiento de aquella mujer, y supe que sus lágrimas y su pena eran fingidas, como fingido fué el amor a su esposo.

Y supe que un amor bastardo llenaba su corazón desde en vida de aquél, y que allí mismo al pie de su sepulcro, calculaba el tiempo, para no faltar a la cita del preferido.

Pasé de largo.

Llamó mi atención un hombre, joven aún, apoyado en la verja de otro sepulcro.

Un buen hijo, pensé.

No, dijo a mi oído una voz sólo por mí escuchada. Un mal hijo. Dishonró las canas de su padre.

El pobre viejo! Acortó, con sus escándalos, la vida del autor de la suya y allí, cerca de su último y frío lecho, está pensando que la muerte de su padre lo ha puesto en posesión de un capital—fruto de un honrado trabajo—para satisfacción de sus vicios.

Huí horrorizado.

Más allá, atrajo mis miradas una rica corona, de uno de cuyos lazos pendía una cartulina con esta inscripción: "Tributo de amistad".

¡Noble y bendito sentimiento, murmuré con júbilo! Pero el dón, el dón que levantaba para mí el velo que oculta la verdad desnuda, me hizo conocer todo un drama de infamia y sangre.

La misma mano que tejió esa corona, armó con el arma del suicida la mano del que rodó a la tumba, sin fuerza para sufrir las ingraticudes de la vida.

Y supe de un esposo burlado por un falso amigo y una mujer liviana. . .

Doquiera que encaminaba mis pasos sufría un doloroso desengaño.

La vanidad llegaba a profanar muchas tumbas.

El grito del orgullo turbaba el sueño de los muertos.

Y muchos, muchos infelices fracasados en la lucha perenne de la vida, se agitaban en el fondo de sus sepulcros, pues las amargas verdades cuya posesión les dió la muerte, calcinaban sus huesos, como un fuego del infierno.

Caía la tarde. El viento de noviembre salmodiaba entre las ramas de los cipreses y la sombra precursora de la noche empezaba a tender sus opacos velos sobre la ya casi desierta necrópolis.

Enderecé mis pasos hacia la puerta, sintiendo una mortal angustia. . .

Y en el más olvidado rincón del camposanto, de rodillas ante una tosca cruz de madera enclavada en la tierra, una anciana oraba llorando.

Y ví en su conciencia una luz celeste que la iluminaba.

Y no era fingido su dolor, y sus lágrimas eran sinceras.

Era una madre.

Ante los Querubines de Raphael de Sanzio

Vinieron los dos del cielo
al mundo, para consuelo
de los míseros mortales,
y fijan con dulce anhelo,
a los lindes celestiales
miradas de desconsuelo.

Santas delicias añoran;
abatidos, casi lloran.
Que les deje alzar el vuelo
a la Virgen Santa imploran,
para regresar al cielo
donde sus hermanos moran.

Ignacio Trullás y Aulet

Universalidades

Especial para "Maranatha"

I

Hermanos

NO procures a nadie mal alguno: de manera inconsciente buscas, por los oscuros recodos de la vida, vuestro propio mal. Ese, a quien quisieras ver mordiendo el polvo del camino, es vuestro hermano: ambos llevan como lámpara de luz eterna, una inteligencia que partió de una misma fuente de vida inextinguible. Así, sois parte integrante del ser de vuestro amigo y de vuestro enemigo; elementos al parecer distintos, sois sin embargo moléculas afines del gran cuerpo universal. Si deseas vuestra dicha, busca siempre la sombra protectora del árbol corpulento de la bondad y del deber.

II

Los Arboles

ESOS mudos gigantes que se oponen a veces con sublime coraje al ciclón que quisiera ver reducido a polvo hasta la inteligencia creadora de los hombres; esos seres que han contemplado cuadros infinitos de la historia y que sus cortezas tienen grabados con indelebles caracteres nombres aún inteligibles de pensadores profundos, tal vez a la par de los pillos renombrados; que conservan, con vivos caracteres de innegable robustez las fechas que muchos caminantes dejaron en sus troncos; esos que dan sombra amorosa al peregrino que pletórico, casi congestionado ha hecho en pocas horas jornadas al parecer interminables; esos seres que en actitud suplicante dirigen sus ramas al cielo, como el ser desesperado eleva sus brazos a Dios; que acarician la fuente que pasa entonando sus canciones delicadas por entre sus raíces, ya en un día esplendoroso o ya en las horas frías de las fatídicas noches del invierno; que dan, en fin, techo, cama y escritorio al hombre, esos, son también vuestros hermanos. Se levantan en el mismo suelo y viven bajo el mismo dombo azul que a todos nos protege. Amarlos es amarnos a nosotros mismos; protegerlos es sin duda proteger nuestra propia vida.

III

Las Flores

ASI como el arco iris luce en las tardes el precioso policromo de sus fajas circulares, cuya curva indefectible y divinos colores han sido

graciosamente combinados por una mano oculta que apenas deja ver el fruto artístico de su pincel que es un misterio, así las flores lucen también sus corolas que son como etéreas gasas teñidas con los mismos tintes del arco iris.

Son las flores los químicos grandiosos que en el laboratorio inmenso de la naturaleza preparan aquellos perfumes deliciosos que son capaces de despertar el entusiasmo en el más indiferente de los seres; que dan modelos primorosos de matices al artista que ha de esforzarse por conseguir una combinación capaz de igualar siquiera los tintes que ostentan en sus corolas. Son, pues, las flores, los más soberbios, los más hermosos, los más divinos adornos que una mujer virtuosa puede ostentar en su pecho para hacerse atractiva a los ojos de un hombre inteligente. Las flores son para la mujer símbolos innegables de virtud y de belleza. La mujer que ama la suprema belleza de las flores, lleva consigo la suprema belleza de su espíritu.

LOTUS

Los Jardines

Por E. Gómez Carrillo

EL amor de la naturaleza es como una religión nacional de este pueblo. Desde muy temprano los niños aprenden a amar a las plantas, a las piedras, a los insectos. Y notad que digo amar empleando la palabra en su más castizo sentido. Es amor, en efecto, amor y no simpatía, amor y no afición, amor verdadero, tierno y no voluptuoso, el que los nipones sienten por sus hermanos los vegetales. Nutridos con la savia espiritual de las leyendas búdicas, saben que las ramas tienen melancolías, que las hierbas sufren o gozan, que las hojas, al murmurar, dicen sus íntimos pensamientos y que en los troncos rugosos se esconde un alma que llora cuando el hacha la hiere. Todo esto constituye para la educación de la sensibilidad infantil una lección admirable. En sus jardines, lejos del ruido de la calle, los chiquillos viven en verdadera comunión con los seres vegetales que son sus primeros amigos. Luego, al llegar a la edad en que el carácter toma una forma definitiva, sus padres los llevan a contemplar los paisajes célebres, lo mismo que en Europa se lleva a los adolescentes a visitar los museos. Un punto de vista bello, es un lugar de romerías. Apenas sale uno de Tokio, empieza a notarlo. Ante cada rinconcillo florido, ante cada curva armoniosa del río, ante cada colina de líneas puras, álzanse los miradores rústicos de una casa de te. Y como esos miradores, o más bien dicho pabellones, están siempre llenos de gente silenciosa que parece extasiarse en una contemplación mística, uno no puede menos de preguntar:

—¿Qué hace allí esa multitud absorta?...

¿Es acaso éste un lugar de peregrinaciones religiosas? ¿Hay aquí algún Buda milagroso?

—Ningún Buda—contesta el guía.

—¿Alguna fuente de esas que calman dolores?

—Tampoco.

—Algo debe sin embargo suceder, puesto que esa multitud se reúne así en medio de un camino desierto en una casa de te, a una hora determinada.

—Nada de especial—termina el guía.

Todos los días de todo el año pasa lo mismo. Esa multitud que a usted le parece en éxtasis y que sólo está en contemplación estética, ha venido de cien pueblos distintos a admirar el paisaje.

Y en efecto, ir a ver una llanura cubierta de flores o un lago en cuya superficie nadan los lotos sagrados; subir a una montaña azul o contemplar una puesta de sol tras un bosque de criptomerías; extasiarse ante un riachuelo que canta entre las peñas, o ver un torrente plateado bañando el césped de un jardín; pasearse bajo ramas floridas o inmovilizarse bajo un árbol solitario, acudir, en una palabra, a cualquier sitio famoso por su hermosura natural con la voluptuosidad con que se acude a una cita de amor, constituye para los japoneses el mayor de los placeres. Los más humildes como los más ricos, organizan PARTIDAS DE CONTEMPLACION. Lo mismo que nosotros organizamos partidas galantes. ¡Pero qué digo! En la propia corte ¿cuáles os figuráis que son los dos más grandes, los dos más imperiales días de fiesta? El santo de su majestad la emperatriz que se llama Primavera, y el de su majestad el emperador, descendiente de Ana Terasu Kami, diosa del sol? No. El aniversario de la jornada gloriosa en que el último según Tokuwawa fué derrotado por los leales samurayes de Kioto, restauradores del poder verdadero del soberano? Tampoco. Las dos mayores festividades palaciegas están consagradas, en este imperio extraño, donde todo parece que lo reglamentan las hadas, a la religión de las flores en que los príncipes y los samurayes han visto el símbolo de sus virtudes. En efecto, la primera fiesta, que se verifica en abril, es la de los cerezos floridos. La segunda, en octubre, la de los crisantemos. Los magnates, los príncipes de la Iglesia, los representantes de los reyes extranjeros, todos los que forman la alta sociedad de Tokio, acuden a la invitación de su majestad, para contemplar como simples poetas, las flores nacionales en el parque imperial.—¡Nada más... Pero los japoneses, con justicia, exclaman:

—¿Y qué más?

La Psicología Superior

y la Sub-Conciencia

El Materialismo está en bancarrota

A HORA la materia se ha espiritualizado de la mano de la magia blanca de la ciencia. Resulta un rasgo de aristocracia ser espiritualista. La plebe, con su sentido grosero, con su zafia desconfianza de lo que no ve, es la que sigue llamándose materialista.

Otro de los rasgos que demuestran la bancarrota del materialismo, es la importancia dada hoy a los estudios de psicología superior y a las investigaciones de esa misteriosa e inexplorada región del ser humano, conocida con el nombre vago de sub-conciencia. Apenas si existe hoy educador que valga la pena, que no crea que la clave para la solución de muchos problemas educativos está en la buena aplicación de las leyes psicológicas. Apenas si existe colegio importante, universidad

prestigiosa en que la cátedra de psicología superior no ocupe un lugar prominente en el plan de estudios. Y todas esas investigaciones psicológicas no se hacen ya a base de que el alma humana no es más que la síntesis de fuerzas, acciones y reacciones meramente mecánicas o puramente químicas, sino a base de que existe otra fuerza superior, trascendente, y cuyas leyes van más allá de nuestros postulados mecánicos. De ahí ha venido también ese estudio, cada vez más amplio, cada vez más luminoso y seductor, de la sub-conciencia. El nombre tal vez no es ni propio ni preciso, pero toda persona versada en cuestiones de psicología superior, sabe que envuelve un mundo más vasto y más portentoso que el mundo de la conciencia, por decirlo así, consciente. El hipnotismo primero, algunos casos de locura después, y muchas de las investigaciones espiritistas más tarde, han demostrado convincentemente que además de lo que el hombre recuerde y sabe precisar en momentos dados, de un modo claro y consciente, quedan dentro de su ser psíquico millones, quizá billones, de ideas, voliciones, imágenes, actos de que no se da cuenta, sino en circunstancias anormales o excepcionales; pero no porque no se dé cuenta dejan ellos de existir como bien se prueba en los casos de alucinación, hipnotismo, locura y fenómenos de telepatía y de intuiciones asombrosas. Es más, muchos tratadistas creen que en la sub-conciencia, más aún en lo que llamamos parte intelectiva consciente, radica lo que conocemos con el nombre de creación artística, genio, heroísmo, etc., etc. No olviden nuestros lectores que al hacer esta clase de resúmenes, procuramos ser como eco fiel de lo que la ciencia da por corriente, o por lo menos, probable. De vez en cuando la Redacción expondrá, con claridad y sin ambages, lo que tenemos por cierto y aceptable. Pero hay algo que puede darse ya por seguro, y es que el medio ambiente científico actual se encuentra en un estado receptivo más propicio a las teorías espirituales (no confundan nuestros lectores el espiritismo con el espiritismo), y por lo mismo, más cerca de la concepción cristiana.

(De La Nueva Democracia)

¡Consumado es!...

Allá en la cruz en que Jesús murió
para que mi alma en él pueda vivir,
esta frase sutil se percibió
al inclinarse ya para morir:

"¡Consumado es...!" y, en siendo pronunciada,
la sentencia de cierto fué cumplida:
El por mí fué la víctima inmolada;
y yo, por él? ... La causa de su herida!

"¡Consumado es!", exclama el Redentor;
y al entregar al padre su labor,
el pueblo absorto ya entra en timidez
y lo declara justo y sin pecado.

Pero, ¡error!, ya el Dios hombre había expirado
exclamando en la cruz: "¡Consumado es!..."

Julián Robles B.

El mundo de las imágenes

EN conexión con el tema general arriba discutido, vamos a dar una breve síntesis de un libro admirable publicado por el señor León Daudet, eminente literato y filósofo de Francia. En nuestro extracto seguiremos a la prestigiosa revista *Cosmópolis*.

"La filosofía y la psicología modernas han descrito siempre las imágenes como un turbión de polvo brillante, de átomos pensantes, agrupados en el cuadro indeterminado de una facultad abstracta: la imaginación.

Otros dicen "las ideas" y "la idealización", cuyo estudio se llama entonces "ideología". Desde hace una cincuentena de años han sido consagrados numerosos trabajos a la asociación de las ideas. El espíritu humano está considerado en ellos como un tejedor infatigable.

Concepción infantil y sencilla que ha pesado con un peso continuo sobre los métodos y trabajos analíticos y sintéticos de 1850 hasta nuestros días. Se ha perfeccionado la investigación. Se ha dejado a un lado el instrumento mismo de la investigación, el mecanismo de la inteligencia, y ha resultado en el campo filosófico una extraña esterilidad. Ni la filosofía ni la psicología han avanzado un paso después de los trabajos de Claude Bernard y las útiles observaciones de Ravaisson y de Lachelier. El *gnoti seantur* es el fundamento del conocimiento universal".

Son esas imágenes, flotantes y móviles, como prendas de disfraces ancestrales, que reviste continuamente, sucesivamente nuestro *éi*, como fragmentos de nuestro yo diversos. No son solamente los aspectos físicos, morales las inclinaciones y hábitos de nuestros ascendientes, los que reviven en nosotros por extensas ondas, a la semejanza y en prolongación de esos ascendientes. Son también sus sistemas verbales visuales, auditivos, orgánicos, sexuales y las imágenes suspendidas de estos sistemas como los frutos lo están de los árboles.

"La velocidad de los personajes hereditarios gravitando en nosotros es infinita; la amplitud y el número de imágenes que los componen son igualmente infinitas; las interferencias, los encuentros, los quebrantamientos y desparramamientos de imágenes son frecuentes. Sin embargo, la razón en estado de vigilia no es oscurecida ni desviada por estas apariciones y reapariciones repentinas y la lógica marcha a su objeto a través de estos fuegos de artificio, sin ser ni aun ligeramente perturbada.

De estas imágenes que participan en la trama moral y corporal de los personajes que recorremos, las unas son traducidas en lenguaje exterior o expresado, es decir, en imágenes segundas; las otras permanecen en estado vaporoso y nebuloso, continuando lo que se llama estados de alma, o estados orgánicos y físicos.

En la mayoría de los humanos ese dominio de lo inexpresado es inmenso. Un Platón, un Plotín, un Epicuro, un Montaigne, un Pascal, un Descartes, un Shakespeare, un Pasteur, un Mallarmé, un Rimbaud, un Robert Browning, un Moreas han llegado por adquisición de verbo a la curiosidad científica de una rara complejidad, a aprehender aquí y allá lo inaprehensible y a pescar algunos peces por las profundidades mentales y somáticas. Pero la mayoría de los escritores, sabios y poetas no han ido mucho más lejos que la mondadura de las personas-imágenes. En psicología como en matemáticas, el instrumento de análisis y de la síntesis, de la diferencial y de la integral, ha permanecido rudimentario.

(De la *Nueva Democracia*)

El Burro y los Sabios

Por Alberto C. Galíndez

A una aldea cuyo nombre he olvidado llegaron dos sabios meteorólogos con sus aparatos, en viaje de estudio. Como ya anochecía, nuestros sabios resolvieron pedir hospitalidad a una viejecita que se encontraba a la puerta de una casa.

Señora—dijeron los sabios,—desearíamos, si no es inconveniente, pasar la noche en su casa.

Ninguna, señores—díjoles la vieja.—Y los invitó a entrar.

No, señora—le respondieron—; nosotros desearíamos dormir afuera; la noche está muy hermosa.

Mejor será que entren, porque esta madrugada va a llover.

Cómo, señora—respondieron nuestros sabios—, ¡a llover! ¿Pero no sabe usted que está hablando con dos sabios meteorólogos, y que, por sus aparatos y observaciones, ven que no es posible una lluvia? No hay el menor indicio: la atmósfera está clara, las únicas nubes son sirrus, el higrómetro está seco y el barómetro alto; es, pues, imposible una lluvia.

Bueno, señores, como ustedes quieran—dijo la viejecita—, entrando en su cuarto.

¿Pero has visto? ¡Qué gente tan ignorante!

Y pretenciosa. ¿Te has fijado con la seguridad que hablaba?

Sí, y hasta ha dicho que llovería esta madrugada.

Así hablaban nuestros sabios mientras se acostaban en el patio de la casa.

Como habían caminado mucho, bien pronto quedaron dormidos: pero a la madrugada, como la viejecita había dicho, una lluvia abundante, torrencial, obligóles a entrar en el primer cuarto que encontraron.

Ya de día, viendo que era imposible salir sin despedirse de la dueña de la casa, se presentaron a ella algo avergonzados.

—¡Ya les dije, señores! ¡Ya les dije!—decía la viejecita en tono burlón.

Señora, ¿quiere decirnos cómo es que usted ha podido saber que iba a llover, cuando nosotros, sabios meteorólogos, no teníamos el menor indicio?

Pues es muy sencillo: tengo un burrito que cuando está próxima la lluvia se refriega en las paredes, y ayer lo hacía.

Compañero—,dijo uno de los sabios—, vámonos de aquí; en esta aldea los burros saben más que nosotros.

Tres sabios hay: el que deja el mundo antes que él lo deje, el que edifica su sepulcro antes de entrar en él, y el que complace a su Creador antes de llegar a su presencia.

SENTENCIA ARABE

La Mar

Por Ricardo Gutiérrez

A Y del que cruza los mares! ¡Ese no duerme ya en paz! ¡La mar! También hay en ella su alegría, en medio de su sempiterna agitación. Cuando se hienden sus montañas móviles, el espíritu se expande en lo infinito, como en su patria propia, y en cada punto del espacio sin límites, el alma saturada de sublimidad y de grandeza comprende y siente a DIOS.

¡Con qué majestad tremenda se mecen, caminan y ruedan los cerros gigantes de cada ola. ¡Avanzan, siguen y se pierden como hacia una playa desconocida donde el soplo de los huracanes reposa en calma sobre los arenales desiertos.

La ola invade rugiendo; pasa y llena el espacio con su voz enorme, y luego allá a lo lejos, ya pequeña y débil por la distancia, va siguiendo la multitud infinita, hasta que se borra en la línea del horizonte donde deja su última palpitación y su último eco, como un gemido de vaga y lejana tristeza.

Sobre el mar agitado con ímpetu espantoso, el débil casco parece inmóvil y el cielo en convulsión. ¡Horror sublime! el horizonte amenaza desplomarse; viene como el mismo huracán; la frente se cree hundida en su masa azul y vaporosa; la extensión desaparece y la mano se tiende para tocar una estrella. Es una ola que surge bajo la quilla estremecida alzándola sobre su cresta espumosa.

De allí se ve de nuevo el infinito; el cielo huyó y el espacio lo aleja hasta el vértigo de lo inaccesible. Entonces se desciende, ¡oh! se desciende como al fondo del mar, hasta que las olas cercanas, hundiéndose en silencio como fantasmas colorados y monstruosos, abren la vista del horizonte donde el mar se agita en masa, sordamente, como temblando de pavor.

Todas las creaciones de su seno, pululan y hierven entre las aguas azuladas; todas surgen y se abisman; el alga y el pulpo asqueroso, la ballena y el pez volador. Los delfines saltan en líneas curvas siguiéndose en cadena; parece arco de rueda fantástica que gira con su eje en el mar.

En la noche del océano es un mundo como de otra creación y su grandeza se viste de magia y de delirios. Cada ola que se rompe en todo el espacio líquido, parece un volcán de fósforo movible: la estela es una senda tapizada de luceros; su rastro es el color de los fuegos fatuos y parecen surgir de él, desde la inmensidad profunda, millones de luciérnagas que vuelan en cada gota removida.

La mar, en la línea de su seno repleto, tiene como una conciencia de su poderío; se mueve como todo lo grandioso: con pereza y majestad; hay dignidad en el andar de sus olas centrales. Pero en la costa del arenal africano su empuje supremo es contenido por los diques de tierra. Allí redobla su agitación enorme, y el combate embellece el cuadro con toda la sublimidad del espanto.

Al borde de la tierra su ola se siente furiosa, como contenida por una esclavitud de que blasfema; lucha y despedaza, cubriendo el dique de espuma; parece esgarrar sobre los peñascos, como un insulto. En la mar alta la ola es noble y tranquila; allí no ruge; canta con su voz tremenda: ¡oh! allí tiene la extensión y la libertad!

Sobre la costa el espectáculo es sublime, porque la agitación redobla esa belleza: la estela es más brillante y la fosforescencia de las crestas desgarradas camina y se renueva por toda la inmensidad: hay luz en los abismos, y como un volcán de estrellas en cada cumbre.

¡Oh mar de Dios, mar inmenso y sublime! ¡cómo llenas el alma de meditación y grandezas, mientras tu aliento colosal va rodando como un huracán desmayado sobre sus crestas estremecidas! Oigo tu voz enorme que habla en la soledad del infinito. ¿Qué me dices? ¿Por qué me agitas el alma con tus murmullos que enternecen y espantan?

Cuando sigo el impulso del torbellino de tus olas, siento como que mi conciencia se iniquilla y me parece que mi naturaleza entera se funde en la inmensidad de la creación; me encuentro parte de todo y cerca del Señor; siento en mí el latido de la vida universal: amo las criaturas como hermanos y si contemplo una estrella del cielo, veo que me sonrío en su luz!

Tu canto lejano es como un coro de todos los recuerdos de la vida: toda su voz amiga tiene un eco en él mientras que el reflejo de su sonido repercutiendo en espacios invisibles, parece llenar sin descanso a otro mundo y a otra creación.

Cuando el gran sol relumbra en la bóveda de los cielos, sus rayos se quiebran sobre tus aguas turbulentas y en cada uno de sus átomos revienta un arco-iris movable. Y cuando en la tarde su disco maravilloso se oculta tras de la línea del horizonte como la pupila de un ojo universal que duerme, la mar se entristece y desmaya, las olas ruedan con sigilo, y en medio de una soledad pavorosa, se oye allá a lo lejos, el sollozo formidable del océano.

¡Rueda tus olas enormes, oh mar sublime, mar de Dios que alienta. Muchas veces en tus horas de calma, me pareces una criatura colosal y viva que pides a él, con tu voz grandiosa, la paz de los pueblos de la tierra a quienes unes sobre el globo con tu mano de gigante!

Pensamientos

Difícilmente se hallarán dos cosas: un hombre de buena conversación y una mujer que sepa callar.

El hombre es el único de los animales que hace uso del fuego: primero lo sacó de un pedernal; hoy lo arrebató a las nubes.—F. Poey.

¡Ay de la juventud si no siente el estudio como una religión!

Educar no es sólo dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida.

Instruir puede cualquiera; educar sólo quien sea un evangelio vivo.

La libertad humana es un hecho tan constante como la propia existencia. Los filósofos no están todos de acuerdo en este punto, por haber confundido lo que pertenece al entendimiento y la razón con lo que pertenece a la voluntad.—José de la Luz Caballero.

Crónica e Impresiones

Nos complacemos en manifestar la agradable impresión que hemos recibido con nuestro viaje a la villa de Atenas. Los atenienses, amando el trabajo, han llegado a tener gran confianza en sí mismos y a desenvolver sus energías en obras de progreso. El plantel de las escuelas es un testimonio de lo que significan los esfuerzos de un pueblo unificados por el amor a la cultura. En cuanto a educación, el personal que la dirige está realizando una labor digna de encomio: se empeña en que los educandos se asocien para desenvolverles fácilmente sus actividades; excita el interés en ellos, para que luego observen, analicen y formen bien sus pensamientos; pero considera indispensable, que estos pensamientos se conviertan en acciones y que éstas formen los hábitos en lo moral y lo científico. Por tanto, nos place presentar vehemente felicitación a tan distinguidos mentores: al señor Inspector de Escuelas don Jesús T. Vega; a las señoras Lydia de Saravia, Etelvina de Cordero, María de Matamoros, Abigail de Rodríguez, Adela de Sanabria y Leonor de Vega; a las señoritas Nely Vega, Chepita Varela, Josefa Pérez y al caballero don Rafael A. Solera.

—*Acerca de los "Premios Johnson"*.— A los jóvenes que justamente anhelan saber en qué han parado estos premios, les indicamos, que hace más de un año hicimos el depósito de los 50 dólares, que en el número 10 del tomo I de esta Revista hallarán las comunicaciones que sobre el particular hubo entre la Secretaría de Instrucción Pública y *Maranatha*, que la International Prohibition Confederation está desaladísima en averiguar el éxito de las alocuciones de la juventud costarricense y que es deplorable no haber dado cima al mencionado concurso.

—Sale Mr. Benjamín F. Chase para Estados Unidos en compañía de su señora esposa. Este viaje obedece, según entendemos, al nuevo destino que habrá de ocupar en aquella República el honorable Cónsul. Dejan en nosotros simpatía y estima: Mrs. Chase por haberse dedicado a obras de caridad con delectación y constancia, y Mr. Chase por haber abogado con entereza, discreción y desinterés por la paz y libertades de Costa Rica.

—Triunfa en Estados Unidos el Partido Republicano. Según los cablegramas de hoy, Mr. Warren G. Harding ha salido victorioso en las elecciones presidenciales. Con la llegada a la presidencia de Mr. Harding habrá una evolución en bien de las instituciones docentes, y la Ley que prohíbe en aquella nación el tráfico de licores, hallará un valeroso guardián en él, porque es uno de los norteamericanos que con inteligencia y tenacidad han trabajado por su promulgación y cumplimiento.

